

El esquema interpretativo enfoca además aspectos habitualmente soslayados, como el solapamiento entre la iniciativa pública y la privada, y desciende al estudio de tipo biográfico en el caso de las grandes compañías. En manos del lector quedan las claves principales de una historia que, despojada de sus matices locales, es la de todo el país. El paso del alquiler a la propiedad, la figura de los contratistas de obras metidos a promotores que llegan a ser *notables*, el gobierno de la ciudad por el núcleo fuerte del negocio. De ahí proceden, sin duda, algunas de las mayores servidumbres que hoy pesan sobre el mercado de la vivienda y sobre el urbanismo español, aunque muchos de aquellos promotores hayan sido barridos (o asimilados) por operadores de mayor escala, nacionales o extranjeros. Aún es posible obtener otra enseñanza, pero ésta vez de signo contrario, sobre el esfuerzo de inversión que el Estado realizó otorgando protección oficial a un 60% de las viviendas edificadas durante el período de análisis; sin menospreciar el hecho de que eso sirvió, en buen número de casos, para transferir indebidamente recursos públicos a manos privadas, también es cierto que tuvo efecto en la contención de precios hasta el proceso inflacionista de los años setenta.

Más espacial, la otra mitad de la Tesis explora todas las modalidades de crecimiento resultantes (yuxtaposición, transformación interna, suburbanización), al amparo de un Plan (1955) que sobrevivirá a la Dictadura. Para ordenar sus observaciones el autor establece una zonificación de la ciudad basada en criterios amplios (cronología, morfología, contenidos socio-funcionales) y aún subdivide a veces las unidades resultantes, de manera que la escala de estudio llega a estar por debajo del barrio. Al ir iluminando las diferentes piezas de la ciudad heredada, el discurso pone de manifiesto no sólo la desigual incidencia y manifestaciones del estallido desarrollista, sino también la importancia de las singularidades geográficas (crecimiento, organización, formas de paisaje), debidas tanto a la conformación natural del terreno como a la construcción social histórica. Siendo relativamente numerosos, los derribos no tuvieron parangón con otras ciudades pues el área del incendio estaba recién reconstruida y el Ensanche del Muelle apenas sufrió daños. Así que la mayor presión fue soportada por los antiguos arrabales y las periferias decimonónicas o del primer tercio del siglo XX, incluyendo los Ensanches de Maliaño y El Sardinero, las parcelaciones y suburbios. En ese teatro de operaciones, tan fragmentado como rico en componentes, tuvieron lugar procesos de relleno, renovación y cambios de uso (fá-

bricas, conventos, almacenes, chalés, antiguos equipamientos). Fenómenos lo bastante intensos como para generar centralidades (Las Alamedas), producir extensas masas de edificación cerrada (Maliaño) o causar heridas irreparables al Sardinero. Sin embargo a partir de los años sesenta irán emergiendo los espacios de nuevo desarrollo (polígonos, planes parciales), algunos con tanto peso en la estructura urbana como General Dávila, rico muestrario de tipologías edificatorias, o el asentamiento cooperativista de Cazoña. El Santander resultante es un organismo complejo, formalmente muy contrastado (tejido denso frente a ciudad jardín y *open planning*), socialmente bien diferenciado. Desde entonces su fisonomía ya no está sólo marcada por el *glamour* del veraneo distinguido, o los chalés ajardinados indicadores de privilegios de clase. También es la ciudad de los bloques en formación densa, el hábitat de la dera mal resuelto o la penuria del alojamiento obrero.

Una veintena de fotografías tomadas por el autor acompañan y dan cierta cobertura a esa parte del texto, retratando en no pocos casos el peor o más banal Santander de la época, con visualizaciones a ras de tierra *muy geográficas*. Fuera de ahí el aparato gráfico quizá resulte algo escaso, reiterativo y por tanto poco imaginativo, lo cual en absoluto devalúa la obra, menos aún tratándose de un mal tan generalizado, pero también le resta la fuerza que proporciona una buena cartografía de representación.— I. RAMÓN ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ. II. SERGIO TOMÉ

*El paisaje del Aljarafe**

Todo estudio dedicado al análisis del paisaje se enfrenta al reto de definir qué se entiende como tal, lo que no resulta una tarea fácil dada la complejidad de un concepto que mezcla realidades objetivas con percepciones, que es presente a la vez que pasado, que, en esencia, es la forma que adquieren los elementos territoriales, pero tales formas responden a unos usos y funciones y, por si fuera poco, que está sujeto a un continuo dinamismo de todos estos ingredientes que evolucionan a distintas velocidades.

El paisaje es la morfología de la superficie terrestre y desde la Geografía se suele identificar con las repre-

* DELGADO BUJALANCE, B.: *Cambio de paisaje en el Aljarafe durante la segunda mitad del siglo XX*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 2004, 463 págs.

sentaciones de las estructuras territoriales. Pero no existe paisaje sin observador y, detrás del paisaje objetivo, se esconden múltiples miradas que le confieren otros tantos significados en función de las valoraciones, las aspiraciones y los intereses que en cada caso se proyecten. A su vez, toda forma territorial responde a una función que, a modo de huella cultural del pasado se proyecta en el presente mezclando diferentes realidades históricas, lo que confiere al paisaje un valor intrínseco y un carácter patrimonial que goza de una creciente apreciación por la sociedad actual.

Cada una de estos significados (forma-función/objeto-sujeto/instantánea-dinamismo) ha merecido una atención diferente en el devenir de la Geografía, una disciplina que desde muy pronto convirtió al paisaje en uno de sus principales objetos de estudio y que, pertrechada con enfoques actuales y heredados y con nuevas herramientas de análisis, hoy intenta aprehender el objeto paisaje desde el reconocimiento de su polisemia, complejidad y dinamismo.

La obra que aquí se reseña participa de tal reconocimiento. Buenaventura Delgado consigue captar el carácter poliédrico del paisaje de forma ordenada y amena sin renunciar a la rigurosidad innegable a un estudio que tiene su origen en una Tesis Doctoral. Un especial interés reviste, así mismo, el ámbito seleccionado para la investigación: los municipios de la aglomeración urbana de Sevilla asentados sobre las terrazas de la margen derecha del Guadalquivir en la comarca del Aljarafe; un territorio muy afectado por procesos de periurbanización, suburbanización y conurbación que han dado como resultado una estructura territorial desordenada y compleja.

La obra se compone de tres partes precedidas de una breve introducción que fija los objetivos del trabajo y delimita el ámbito de estudio.

El primer bloque sustantivo («Los elementos configuradores de los paisajes del escarpe») se ocupa de los principales sistemas que, merced a sus interrelaciones, configuran el paisaje actual: el medio físico, la población, los usos del suelo y el marco jurídico-normativo. Detrás del estudio del medio físico subyace una intención que lleva a la superación de la descripción secuencial y mimética de cada uno de sus componentes tan habitual en otros análisis. Del clima al autor le interesa, sobre todo, su capacidad de atracción demográfica; así, las temperaturas del Aljarafe, más amables que las de Sevilla, explicarían, junto a otros factores, la expansión de la segunda vivienda a partir del siglo XVIII y la

atracción ejercida por este territorio desde mediados del siglo pasado. Si el clima siempre se ha erigido en un incentivo para la ocupación de este espacio, no se puede decir lo mismo de las formas topográficas (pendientes que superan el 25% y terrenos sumamente inestables), que han pasado de ser consideradas como un obstáculo a convertirse en un recurso cada vez más valorado. Como señala a este respecto Buenaventura Delgado, las urbanizaciones que comenzaron a extenderse a partir de 1960 han seguido pautas diferentes en relación con la utilización del escarpe, de manera que si las primeras huían de esta ubicación en las últimas éste «ha acabado funcionando como primera línea de playa».

Pero los paisajes del Aljarafe son, sobre todo, un producto de la actividad humana. Aquí el hombre ha estado presente desde tiempos inmemoriales. Sus múltiples vestigios arqueológicos (dólmenes megalíticos, tesoros tartésicos, villas romanas, alquerías medievales, haciendas...) así lo atestiguan. Estamos, pues, ante un espacio territorializado desde muy antiguo, de ahí el que la población constituya un componente consustancial de sus paisajes, no sólo porque éstos sean producto de la actividad humana, sino porque tales paisajes no pueden comprenderse sin el paisanaje, entendido, retomando a Unamuno, como aquellas vivencias que dan sentido y sentimiento humano a las formas del territorio. Bajo este prisma se analiza la dinámica demográfica, las modificaciones de los mercados de trabajo y las categorías socioprofesionales y la creciente desagregación del poblamiento en sectores socialmente diferenciados en cuanto a niveles de renta, densidades de ocupación y tipologías edificatorias.

No menos significativos han sido los cambios relacionados con los usos del suelo. El tejido rural-agrario predominante hasta hace unas décadas hoy apenas sobrevive salvo como fragmentos inconexos entre los intersticios dejados libres por las urbanizaciones. Paralelamente, han ido desapareciendo muchos de los componentes tradicionales de estos paisajes (haciendas, cortijos, molinos y diversas modalidades de pequeñas instalaciones rurales), al tiempo que se han operado importantes alteraciones en las unidades de poblamiento y en las morfologías urbanas. El resultado es un collage de usos (núcleos históricos, distintas modalidades de urbanizaciones, zonas, polígonos y parques industriales, áreas comerciales, espacios de ocio...) que proyectan un paisaje desordenado, caótico y muy congestionado por la traza urbana difusa que ha acabado imponiéndose, junto a un modelo de movilidad apoyado en el transporte privado.

El paisaje del Aljarafe también es el resultado de un entramado jurídico-normativo que «incrustado entre sus pliegues» explica la actual configuración de este espacio. El capítulo titulado «Realidad y derecho» analiza estos elementos reguladores, empezando por las normas, planes y directrices de ámbito metropolitano que, aunque poco operativos, constituyen un referente en la consideración de este territorio como una unidad funcional y en la identificación de sus recursos y disfunciones. Una especial atención dedica Buenaventura Delgado al análisis crítico del marco legal de cada municipio, muy permisivo con el negocio inmobiliario, de manera que aunque los planes aprobados en los últimos años incorporan principios ambientales y paisajísticos, en la práctica se continúa con la expansión urbana en detrimento de tales recursos. Respecto a las normas más específicamente relacionadas con protección del paisaje, el *Plan Especial de Protección del Medio físico de la Provincia de Sevilla* y el *Catálogo de Espacios y Bienes Protegidos* de 1985 incorporan algunas especificaciones en este sentido, pero se trata de documentos que, a efectos prácticos, también han resultado poco operativos debido a su falta de concreción legislativa.

Tras analizar los principales elementos que configuran el paisaje del Aljarafe, la tercera parte del trabajo («Las huellas del pasado en el presente como testimonio de una realidad cambiante») retoma la aproximación totalizadora centrada ahora en la consideración del paisaje como una realidad dinámica. El capítulo que abre este bloque («Los datos e imágenes del cambio») se apoya en la selección de cuatro imágenes ilustrativas de otros tantos tipos de paisajes (rural consolidado, urbano consolidado, en proceso de transformación y en expectativa) cuya evolución es estudiada a partir de los fotogramas del vuelo americano de 1956 y los realizados por encargo del Instituto Cartográfico de Andalucía desde 1984 hasta los años noventa del siglo pasado. Tal análisis evolutivo permite constatar la progresiva desaparición de elementos tan emblemáticos del paisaje del Aljarafe como el olivar, que ha perdido más del 70% de su superficie en el período considerado.

Tras dichas imágenes de cambio se descubre la actuación de unos protagonistas y agentes (tanto públicos como privados) responsables social e individualmente de las transformaciones que les afectan, cuyas percepciones y expectativas también son analizadas por Buenaventura Delgado.

Asumiendo, en otro orden de cosas, que el territorio cambia por imperativos de la propia evolución socio-

económica y cultural, el autor se detiene en la consideración de aquellos factores con más influencia en la transformación del paisaje: el precio de la vivienda, la influencia de la capital y la evolución de las mentalidades. Plantea, a este respecto, un cierto paralelismo entre los cambios territoriales acaecidos en El Aljarafe y las siguientes fases económicas y: 1) La que denomina modelo de paisaje inicial y de las primeras implantaciones, anterior a 1956, cuando el área de estudio aún mantiene el carácter tradicional y rural heredado del Antiguo Régimen; 2) El período de paso de la escala local a la metropolitana, comprendido entre la apertura económica que siguió al período de autarquía y la implantación del régimen político democrático en 1978; 3) la fase que va desde la transición democrática al ingreso de España en la CEE (1978-1984); y 4) el período de configuración definitiva del espacio metropolitano alentado por la ejecución de las infraestructuras proyectadas con motivo de la celebración de la Exposición Universal de Sevilla (entre 1985 y 1992).

El bloque cuarto («Los paisajes del escarpe del Aljarafe como síntesis formal de la evolución del territorio») deja atrás el estudio del paisaje objetivo para centrarse en la imagen que éste proyecta en las miradas de quienes lo perciben. Se detiene primero en el análisis del paisaje real y concreto, al que se accede desde una mirada científica que valora al paisaje como objeto de conocimiento e intervención. Son muchas las disciplinas que se acercan al paisaje pertrechadas con su propio bagaje metodológico; desde la Geografía, éste puede ser aprehendido a través de la metodología de unidades de paisaje integrado que, aplicada al área estudio, permite diferenciar hasta once unidades de paisaje. Junto a las miradas de los estudiosos, están las percepciones creativas de artistas y literatos que tienen la capacidad de reinventar los paisajes dotándolos de otra dimensión que también es recreada por Buenaventura Delgado en el capítulo «El paisaje referencial y connotativo». Pero además, los paisajes son espacios usados, sentidos y vividos y, como tales, son analizados en el apartado «El paisaje vivencial», a través de encuestas y entrevistas a sus moradores y usuarios. Finalmente, el último capítulo de este cuarto bloque («El paisaje accesible») vuelve a la aproximación más objetiva a los paisajes del Aljarafe, que ahora son analizados en términos de accesibilidad, visibilidad, fragilidad y potencialidad paisajística; atributos, todos ellos, que determinan sus calidades y capacidades de acogida.

En resumidas cuentas, se trata de una obra sumamente interesante que, además de abordar desde distin-

tas perspectivas la complejidad del paisaje, constituye un magnífico compendio de la dinámica de la expansión urbana de Sevilla por los cerros de la margen derecha del río que conforman el escarpe del Aljarafe, de los procesos de periurbanización, suburbanización y conurbación de este espacio y de su propio cambio de significado social y simbólico. Todo ello, como señala Juan Ojeda en el prólogo, a partir de la mirada conocedora y comprometida de Buenaventura Delgado que, a través de un proceso creativo e ilusionante, ha ido mezclando distintas aproximaciones metodológicas dando como resultado una obra que, a la vez que rigurosa, resulta sumamente original.— ROCÍO SILVA PÉREZ

*El Atlas Heliche, desvelado. Nueva cartografía secreta de la corte del Rey Planeta**

En ese desvelar el telón que, desde hace casi cuatro siglos, cubre la producción cartográfica del reinado de Felipe IV, los hermanos Sánchez Rubio, doña Rocío y don Carlos, y doña Isabel Testón, han rescatado, contextualizado y preparado una excelente edición, con el concurso de otros reputados autores, de una valiosa pieza cartográfica, fechada en 1655, y sumida hasta el momento en el olvido de los anaqueles del *Krigsarkivet* (Archivo Militar) de Estocolmo. Se trata de las *Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias*, dibujadas por el pintor boloñés Leonardo de Ferrari para don Gaspar de Haro y Guzmán, marqués de Heliche, VII marqués del Carpio, y sobrino nieto del más famoso valido del Rey Planeta, el conde duque de Olivares.

En volumen independiente se presenta la reproducción facsimilar de esta bella pieza cartográfica que contiene 133 imágenes de plazas fuertes, vistas de enclaves y descripción de asedios y batallas, localizadas todas en las fronteras terrestres y marítimas del Imperio de Felipe IV. Contiene este Atlas 58 planos de plazas de la península Ibérica localizadas en la frontera pirenaica o en algunos escenarios bélicos de las insurrecciones catalana y portuguesa de 1640. Además, otras 55 imágenes de plazas italianas: los presidios de Toscana, las plazas fuertes del llamado «Camino Español», y las fortalezas

que defendían el Milanesado, amén de las que jalaban la costa de Sicilia, frontera marítima del Imperio en el mediterráneo. Flandes y Ultramar son los dominios menos representados, con cuatro y 13 imágenes respectivamente, por las razones que luego se expondrán.

Pero es, sin duda, en el primer volumen de esta obra, que contiene los estudios introductorios, donde se encuentran las claves explicativas del Atlas y del proyecto que le subyace. Sir John Elliot, de la Universidad de Oxford, nos introduce en el «Prólogo» en la sugestiva figura de su promotor, don Gaspar de Haro y Guzmán, hijo de don Luis de Haro, quien a su vez era sobrino del conde duque de Olivares, al que había sucedido en el valimiento del Rey en 1645.

Coleccionista compulsivo y libertino declarado, don Gaspar de Haro tenía, además, la ambición política de sustituir a su padre, llegado el momento, en la privanza del Rey. Siendo la cartografía una fuente de prestigio y de poder, promovió la confección de un Atlas de las principales plazas fuertes del Imperio, en un momento delicado de la larga y cruenta guerra entre Francia y España. Se explica, así, la omisión de la mayor parte de las plazas fuertes de Flandes y las Indias, así como la generalidad de las situadas en la raya de Portugal. También las prisas por culminar la obra, finalizada en 1655, pueden explicar estas llamativas omisiones.

A continuación, en su estudio «Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias», los autores del descubrimiento, Rocío Sánchez, Isabel Testón y Carlos Sánchez, nos pintan, en primer término, el contexto histórico del proyecto: el interés político y militar de la cartografía, su carácter secreto, el mapa en definitiva como fuente de poder y prestigio en manos del Rey y la alta nobleza. Se describe de seguido el perfil biográfico del marqués de Heliche y los azares de sus relaciones con el Rey, abundando en los rasgos ya apuntados en el «Prólogo», y el proyecto del Atlas, desarrollado entre los años 1650 y 1655.

En el primero de los años citados, Heliche encargó al pintor boloñés Leonardo de Ferrari la elaboración del Atlas a partir de documentación original, de origen dispar, reunida por el Marqués en su palacio madrileño de la calle Mayor, próximo al Real Alcázar, y en su mayor parte perdida. La misión del pintor era la de embellecer y unificar, con rasgos estilísticos homogéneos, los diferentes originales manejados; con el resultado de recrear, en no pocas ocasiones, un espacio irreal salido de su imaginación que no siempre se correspondía con la fisonomía cierta del espacio cartografiado.

* SÁNCHEZ RUBIO, Rocío; TESTÓN NÚÑEZ, Isabel; SÁNCHEZ RUBIO, Carlos M.: *Imágenes de un Imperio perdido. El Atlas del Marqués de Heliche*, 2 vols., Badajoz, Junta de Extremadura, 2004, 140 y 117 págs.